

# EL MOTÍN

Año XXXVI.

Madrid, Jueves 6 Enero 1916.

Número 1.

## Arrepentimiento

El fardo del error y del pecado  
voy á soltar... Cincuenta catedrales  
no mandan tanto peso. ¡Qué fatales  
los años que en mis hombros lo he llevado!

El mozo de cordel que va encorvado  
bajo un mundo de dos á tres quintales,  
no siente de seguro ansias iguales  
por verse de su carga divorciado.

Y es que el peso que abrumba la conciencia  
de tal modo gravita y anonada,  
que en el propio Sansón pusiera miedo.

Discúlpese, por tanto, mi vehemencia  
al gritar con el alma alborozada:

«¡Limpio por fin de polvo y paja quedo!»

José Nakens

*Prestarían un señalado servicio á España los periódicos de las izquierdas que difundiesen las ideas del artículo siguiente, donde se demuestra que la guerra civil con que constantemente amenaza el clericalismo, es una ridícula parodia del ¡Si bajo!, del Enano de la Venta.*

## El "coco" de la guerra civil

Desde que las penas de excomunión en este mundo y del infierno en el otro han dejado de ser una amenaza, los clericales españoles han dado en amenazar con la guerra civil en cuanto algún gobierno tiene intención de estudiar algún proyecto que tal vez pudiera limitar alguno de los injustos privilegios que ellos gozan, tales como el de mandar en las conciencias y en el pensamiento de todos los españoles, cualquiera que sea su religión. Sin embargo, con el armamento moderno y la aviación, la

guerra civil no podría hoy poner en peligro las libertades patrias.

Los jaimistas que se lanzaran al campo con armas antiguas no podrían hacer frente á las columnas del ejército armadas de mauser. Si los facciosos llevaran armamento moderno, cuando tuvieran que municionarse, les sería mucho más difícil hacerlo ahora que hace medio siglo. Hoy no se improvisan las municiones como antes, y se consumen muchísimas más que antes; díganlo los rusos, que se retiraron de Galitzia por falta de municiones; díganlo los franceses, que no avanzan porque aún no están suficientemente municionados. Bastaría que las columnas del ejército se tirotearan diariamente con los jaimistas, para que éstos tuvieran que entregar las armas. En una campaña así lo de menos sería que los sediciosos quedarán dueños del campo de batalla; lo importante sería que el fuego durase muchas horas.

Si los jaimistas se encastillaran en sus nidos de águila, serían bombardeados desde los aeroplanos. No po-

drían reponer sus municiones en casas de campo ó en conventos, porque éstos serían vigilados ó destruídos por los aviadores militares, y tampoco podrían, gracias á la aviación, ocultar sus movimientos al ejército liberal ni engañarle con falsas confidencias.

Pudiera suceder que también los jaimistas tuvieran aeroplanos, y, en tal caso, que bombardearan ciudades abiertas, como han hecho algunas veces sus correligionarios germánicos, los carlistas de Europa. Pero este acto sería contraproducente para ellos. No hay ciudad española que no tenga intereses extranjeros, y la necesidad de amparar esos intereses, ya que no la de defender las libertades nacionales, obligaría á cualquier gobierno, por tolerante que fuera con las derechas, á obrar sin contemplaciones. Y los aviadores militares se multiplicarían para aniquilar á los bandoleros del aire.

No es admisible la hipótesis de que los jaimistas utilizaran la aviación únicamente contra el ejército. El carlismo ha esgrimido sus armas indistintamente contra militares y paisanos, lo mismo el trabuco que la browning. No hay motivo para esperar que el aeroplano fuera una excepción, sobre todo después de haber disculpado á los alemanes los bombardeos de Londres y de París.

Con los elementos que cuenta el ejército nacional, el carlismo sería vencido. Bastaría una orden de movilización en las provincias más levantiscas para que todos los jaimistas útiles tuvieran que decidirse entre ser soldados ó desertores, y no podrían contar las partidas con aquellos hombres que, en las guerras del siglo pasado, se disfrazaban de *neutros* cuando los convenía, y espían al ejército nacional. Con los modernos elementos de lucha se podrá triunfar por sorpresa en una revolución contra un Estado organizado, pero no en una guerra civil. Y los jaimistas son tan impotentes para hacer una revolución, como lo han sido sus homólogos, los monárquicos portugueses.

No es posible, pues, que los carlistas se lancen á una aventura en la que siempre llevan las de perder. Podrán, como los matones de oficio, amedrentar con amenazas, pero no llegarán á vías de hecho. Así como la facilidad de comunicaciones ha hecho imposible el bandolerismo, el ar-



mamento moderno y la aviación han hecho imposible la guerra civil.

Las izquierdas no deben temer la guerra civil. Al contrario, sería una solución, porque permitiría acabar con el jaimismo, que es el obstáculo que impide la evolución de España hacia la Libertad.

F. R.

## La causa determinante de mi Retracción

La noche del 25 de Diciembre me acosté á eso de las ocho, como de costumbre, y me dormí á los cinco minutos, como de costumbre; pero, contra mi costumbre, á las tres horas desperté, presa de mortal congoja y sin respirar apenas... ¡Estaba bajo la influencia de una pesadilla horrorosa!

Había soñado que un sacerdote, y una mujer y un hombre corrían tras mí frenéticos, increpándome furiosos, y que entre sus varias y terribles amenazas intercalaban á menudo la palabra bautismo.

Como el rompérselo á uno suele entenderse, profanamente hablando, en el sentido de causarle desperfectos en el cráneo, calcúlese si yo movería con entusiasmo terrorífico las tabas. No digo aquella trinidad que me seguía, galgos alados no me hubiesen dado alcance. ¡Romperme el cráneo, receptáculo donde guardo el cerebro, único capital que he poseído y poseo!

Afortunadamente me equivocaba. No trataban de romperme el bautismo, sino, á lo sumo, de borrarérmelo. Y como tengo entendido que es indeleble, me tranquilicé al cabo, di doble derecha, me paré en firme, y haciendo de tripas corazón, y procurando que mi voz no delatase la intensidad de mi miedo, pregunté á mis perseguidores:

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué pretenden?

Estupefactos ante aquella arrogancia de que hasta entonces no había dado el menor indicio, y que recomendando á todos los cobardes cuando se vean en trance apurado, se pararon á su vez, y el más autorizado, el sacerdote, exclamó en el tono de superioridad que emplean de ordinario los de su clase:

—Soy D. José Joaquín Urribarry, cura ecónomo del curato más antiguo del Sagrario, de la Santa Patriarcal Iglesia de Sevilla; y estos que me acompañan son D. Vicente y D.<sup>a</sup> Teresa González Barbontin.

Muy señores míos todos, aun cuando no tenga el gusto de conocerlos, ni el honor de haber oído sus nombres hasta ahora.

¡Cómo! ¿No recuerdas al cura que te bautizó tal día como hoy hace setenta y cuatro años, ni á esta señora que te tuvo en sus brazos en la

pila, ni á este caballero que respondió por ti á las preguntas que te hice?

—Dispénsenme usted, mas no lo recuerdo. Por aquel tiempo era yo tan pequeñito, que no me daba cuenta de nada. De no haber sido así, acaso les hubiera ahorrado la molestia que se tomaron al administrarme el Santo Sacramento.

—¡Impío!... ¡Hereje!... ¡Judío!..., exclamaron indignados y al unísono los tres, mientras yo me llevaba instintivamente la mano á la cabeza y me disponía á salir otra vez de *naja*.

El sacerdote prosiguió:

—Si en aquel momento sospecho lo que ibas á ser andando el tiempo, el Señor me perdona, mas no sé lo que hubiera hecho.

—Yo, añadió la mujer, quizás te hubiera estrellado contra la pila.

Yo, agregó el hombre, no hubiera respondido por un sinvergüenza como tú.

—Los creo á ustedes bajo su honrada palabra. Mas no hablemos del pasado, sino de lo que se proponen al presente dándome esta corrida en pelo.

—¿Qué hemos de proponernos? Obligarte á que hagas honor al sacramento que yo te administré, retractándote de tus errores, respondió el sacerdote:

—Parece mentira, prosiguió doña Teresa, que seas tú aquel niño de cabellera undosa, que á los cinco ó seis años, arrodillado sobre la cama y con las manitas juntas, recitaba encantadoramente el

Con Dios me acuesto,  
con Dios me levanto,  
con la Virgen María  
y el Espíritu Santo,

y al mudarse la camisita zahumada de espliego rezaba el *Bendito*, y la *Noche Buena* declamaba con su voccita de angel unos versos alusivos á la venida del Redentor del Mundo, de los que seguramente te habrás olvidado.

—Se equivoca usted en esto, señora madrina; los recuerdo. Quizás trueque alguna palabra; tal vez se me pasen algunos versos, pero, en conjunto, conservo fosilizada en mi memoria la composición, que por cierto no me parece ahora tan sublime como en 1841, aunque reconozco todavía que tiene cierto sabor local. ¿Quiere usted que se la recite, si no con aquella voz pura, con la entre parda y ronca que actualmente uso? Pues oiga usted:

Quando el Eterno se quiso hacer niño,  
le dijo á un angel con mucho cariño:  
«Anda, Gabriel, vete á Galilea;  
allí hallarás una pequeña alde;  
es Nazaret su gracioso apellido,  
por que su albergue está menos florido.  
En una casa que de David viene  
hay una niña que quince años tiene:  
está casada con un carpintero;  
ella es muy pobre y así yo la quiero;  
y en ella tengo pnestos mis amores;  
échale requiebros y hazle mil favores,  
y dile que quiero en su pecho hospedarme  
pues de ella quiero tomar carne y sangr.»

Fué el angelito bebiendo los vientos hasta llegar al humilde aposento: así que vido á la hermosa María le da el recado que su Dios le envía. Viendo la niña todo favorable, dice que quiere ser Virgen y madre. Como lo quiso se hizo al instante y halló en su seno á su Dios hecho infante. En este tiempo avisaron de Roma que á ver su patria vayan en persona. Fué con su esposo á pagar el tributo, que así lo manda el César augusto. Y en el camino tan frío y helado cádate aquí que el parto le ha dado en un pesebre que misero y pobre le ha dado el parto más no los dolores.

¡Alegria, alegría,  
que ha parido la Virgen María  
un infante tierno  
en la fuerza y rigor del invierno  
sin dolor ni pena  
á las doce de la Noche Buena!  
Y los angelitos  
como vieron á su Dios chiquito  
metido entre pajas,  
le cantaron al son de sonajas.  
Como era en campaña,  
los oyeron desde una cabaña;  
se asustó el ganado,  
los pastores bajaron al prado,  
y ven de repente  
que en el aice bailaba la gente.  
¿Y será cosa mala  
que un mocito de aquellos con alas  
les dice: «Zagales,  
arrimaos á estos portales  
y nadie se asombre,  
que esta fiesta se da por el hombre.»  
Llegan al establo,  
y en él de los cielos hallan un retablo  
y en un pesebrito  
ven á un niño con un refagito,  
y por todos lados  
angelitos ven arracimados,  
y á la dulce madre,  
y á su esposo que nunca fué padre,  
y á dos animales  
recostados junto á los umbrales.  
Pidiendo licencia  
se colaron con gran reverencia.  
Llegan á la Virgen,  
se arrodillan y humildes le dicen:  
«Señora del cielo,  
¿cómo á Dios lo tenéis por el suelo?  
Misterio profundo:  
en buena hora vinisteis al mundo.  
Mi niño, no llores,  
que nos quemas con fuego de amores.  
Nos vamos á casa  
á ofrecérselo todo sin tasa.  
Adiós, mi niño,  
descansad y dormid un poquito.  
Adiós, señor buey;  
señor mulo, con Dios os quedéis.  
Adiós, gran señora;  
padre Pepe, salud por ahora »  
Y así van saliendo  
los pastores y á Dios bendiciendo.

Este es el suceso  
que nos manda el sagrado proceso  
del Evangelista;  
es testigo mejor que de vista;  
todos lo creemos  
y por ello la vida daremos.

Con que ya ve usted, señora madrina, que no he olvidado del todo lo que aprendí en mi infancia y que...

Aquí me interrumpió el sacerdote:

—¿Y como entonces, desventurado, has podido apartarte de una religión que tan tiernos y delicados acentos ha inspirado á los poetas religiosos? ¿No te sorprende el hecho de conservar en la memoria esos versos aprendidos á los seis años? ¿No ves en ello algo misterioso que prueba elocuentemente lo grande de la misericordia divina para contigo? ¿Por qué no vuelves los ojos á Dios, tú,



José Vicente Tomás de Santa Teresa y de la Santísima Trinidad, nombres todos que te puse en la pila tal día como el de la fecha el año de 1841? ¡Por qué no dejas de calumniar al virtuoso clero, aun cuando sólo sea por evitar que yo me arrepienta de haber aplicado las purificadoras aguas del bautismo á un impío de tu calibre, impío que acaso, al soltar una blasfemia, se haya descomido alguna vez en el cura que lo bautizó?

—¡Oh, no; eso no; se lo juro á usted, Sr. Urribarry! Yo respeto siempre las intenciones buenas, y la de usted lo fué indudablemente al pertraharme de ese acuático sacramento que en mí no ha obrado, sin que yo adivine por qué, los efectos que usted se prometía. ¡Qué hemos de hacerle! Bastante lo siento; pero como ya no tiene remedio...

—¿Quién te lo ha dicho? Un punto de contrición basta para salvar un alma.

—Sí; lo sé desde que vi el drama *Don Juan Tenorio*. Pero es el caso que á mí no me da el naípe por ir al Cielo.

—¿Qué manera de hablar es esa, miserable? Te haremos arrepentir de tu impiedad viniendo todas las noches á turbar tu sueño á esta misma hora. Y no vendremos solos, sino acompañados de todos los sacerdotes calumniados por ti, para que sus justas imprecaciones ahuyenten por completo el sueño de tus ojos.

Dijo, y desapareció como por escotillón con mis padrinos.

Y en aquel instante desperté.

¿Cuánto tiempo estuve bajo la influencia de aquella horrible pesadilla? Toda la noche; pues no volví á cerrar los párpados.

Al amanecer me vestí, me asomé al espejo, y me vi pálido, desencajado...

Pasé el día calenturiento, presa de vacilaciones y dudas. No tenía malditas las ganas de retractarme de mis errores, pero á la vez me asustaba la idea de que se repitiese la pesadilla de la noche anterior.

¿Pasar las noches sin dormir? ¡Imposible! Lo que me salvó en las situaciones más difíciles de mi vida, fué la seguridad de dormirme en cuanto cayese en la cama. ¿E iba á exponerme á ejercer de sereno perpetuo el resto de mi vida?

La idea de ser quemado en el Infierno no me aterraba. Estoy habituado á halagarla desde hace tantos años, que ya me es completamente familiar. ¿Pero no dormir como un lirón las noches que me restasen en la Tierra, yo que tantas cosas he sacrificado al placer de dormir tranquilo? ¡Oh! ¡No! A esto no me acomodaría jamás.

Sonaron las ocho de la noche del día 26 y, aunque con cierto miedo, me

metí en el desde hace tiempo ¡ay de mí!, casto lecho.

Pasaron los cinco minutos de costumbre, y nada: el Sr. de Morfeo no se dignó presentarse.

Dieron las nueve, la diez, las once, y lo mismo.

Y aquí comencé ya á temblar... Se acercaba la hora fatídica. ¿Aparecerían á las doce aquellos tres ciudadanos que intervinieron en mi bautizo?

Pensé en Matbhet (no recuerdo en este instante si se escribe así), aquel criminal del drama de Skespeare que no podía dormir, y frío de muerte corrió por mis venas. Hice un esfuerzo sobre mí mismo, y exclamé inconscientemente con la resignación interesada de Enrique IV: «¡Paris bien vale una misa!»; frase que inmediatamente sustituí por esta otra: «¡Un sueño tranquilo bien vale una retractación! La haré. ¡Lo juro por el cura que me bautizó y por mis padrinos!»

Y como soy hombre de palabra, me puse á hilvanarla al día siguiente. Y ya llevaba escritas dos cuartillas, cuando recordé que el año 1885 perpetré otra, que más tarde amplié y puse de prólogo en mi libro *Puñado de ironías*.

Y me hice esta reflexión entre filosófico y holgazana:

«¿Para qué perder el tiempo en enjaretar una nueva, si aquella no me salió del todo mal?»

Y allá va mi *Retractación*, en la seguridad de que producirá ahora los mismos efectos que en 1885. Exactamente los mismos.

De esto respondo con la cabeza de todos los frailes que se dedican fervorosamente á embrutecer, degradar y saquear á la nación donde tuve la honra de nacer el 21 de Diciembre de 1841 y la dicha incomparable de ser bautizado horas después de aquella en que nació en un pesebre del portal de Belén aquel cuyos humildes representantes viven desde hace siglos en magníficos palacios.

## Retractación

Todo es que se humille y se ensa'za lo.

No podría decir, aun cuando lo intentase, por qué invisibles resquicios ha penetrado en mi alma la luz de la gracia, disipando las tinieblas que en noche eterna la mantenían; mas sí que de pocos días acá soy tan otro del que era, que ni yo mismo me conozco.

Ningún suceso nuevo ha turbado la marcha de mi vida; no he sufrido uno de esos sacudimientos que confunden, modifican ó ahuyentan las ideas; y, sin embargo, me encuentro tan trocado, que de haber espejos que reprodujesen la imagen del espíritu, y el mío se mirara en uno de ellos, retrocedería asustado al verse tan diferente de como fué.

Mas no es esta ocasión de investigar las causas de mi cambio, sino de entregar-

me irreflexivamente á la alegría que me produce experimentar sus efectos, bien así como el preso al que abren la puerta de su encierro se echa instintivamente fuera sin meterse á averiguar á quién se lo debe.

El hecho es que he despertado de la horrorosa pesadilla en que durante largo tiempo me agité, y que mi alma se conturba y espanta al recordar lo que en ella vi y sentí.

Vi un hombre, yo, en lucha abierta contra una clase respetable, la sacerdotal, recogiendo afanoso cuantas noticias pudieran contribuir á su desprestigio, para lanzarlas al público aderezadas con la picante especia de la burla y el sarcasmo.

Con nada transigí, nada respeté; los sucesos más pueriles, como las debilidades más disculpables dada la escasa fortaleza de la humana criatura, todo lo expuse y desmenucé con crueldad inaudita; y sentí la feroz complacencia que debe experimentar el tigre al destrozar bajo su garra á su víctima indefensa, siempre que clavé mi acerada pluma en el corazón de un ministro del altar.

La reprobación que mi conducta despertaba, antes servía para aumentar mi rabia que para detenerme en la pendiente funesta. Estaba ciego, loco... Era un perturbado á quien debía tenerse compasión.

Afortunadamente he despertado, como antes dije, y el dulce viento de la verdad ha soplado sobre mi alma templando el calor sofocante de la pasada borrasca y permitiéndola respirar en atmósfera pura.

Los efluvios del bien envuelven hoy todo mi ser, y experimento sensaciones deleitosas, impulsos desconocidos. La sed de la caridad me abrasa; siento hambre de reparar los males causados, y á no ser porque estoy en la convalecencia ¡pobre enfermo del alma!, y me expondría á una recaída mortal, desde este instante comenzaría á dar pruebas de que mi arrepentimiento es tan grande como sincero.

Calmaré mi impaciencia, ya que el primer paso, el más costoso, dado está, y dejaré al tiempo el cuidado de decir al mundo lo que hoy callo, temeroso de que la duda impida dar á esta mi retractación patente de verdadera, al par que garantía de durable.

### ¡PERDÓN!

Sé que no lo merezco, mas con todo me atrevo á pedirlo: tal confianza tengo en vuestra bondad, virtuosos sacerdotes.

No trato de justificar mi conducta, detestable á todas luces; mas quisiera convencerlos de que mis intenciones eran buenas. He pecado por error, no por maldad. Sabía que era cruel, pero creía ser justo.

Al fustigar vuestro rostro con sátira sangrienta, nunca pensé que pudiese herir á inocentes: hasta tal punto tenía la razón ofuscada.

Y diré más, ya que ha llegado el momento de alzar la compuerta de mi alma para que salga libremente por ella el agua pura de la verdad: estaba orgulloso de lo que hacía. Perseguir el vicio, atacar la inmoralidad, poner diques á la intolerancia, parecíame empresa digna de todo honrado. La frase, tan repetida por mí, de que me dedicaba á moralizar al clero, salía de mis labios y de mi pluma á impulsos de una convicción grandísima. Solamente ahora, que comprendo lo terrible que resultaba, diera parte de mi vida por



no haberla estampado ni una sola vez. De cuantas he escrito, ninguna me tortura tanto como esa.

Sigo creyendo aún que la empresa era noble y levantada, mas reconozco que debí acometerla por otro camino, contra otras clases y en otro estilo. No basta sentir la justicia; hay que saber aplicarla.

Mas no quiero insistir sobre esto; sería ofenderos el suponer que necesitábais verme humillado del todo para otorgarme vuestro perdón.

Concedédmelo, respetables ministros del Señor, y habréis derramado en mi alma el bálsamo del consuelo que necesita para curarse por completo de la horrible herida que en ella abrieron la vanidad y el error.

Y el cielo os premie este rasgo de caridad evangélica, como os lo pagaré yo en monedas de sumisión y respeto.

#### A MIS LECTORES

El que ha envenenado vuestras almas con sus escritos impíos, llevado á vuestros hogares frases de blasfemia y sembrado en vuestros corazones semilla de negación, ese desventurado, yo, se arroja sollozando á vuestras plantas, y os dice: ¡piedad! amigos míos, para este desdichado que durante tantos años atacó rudamente al clero!

No atendáis para concederme la gracia que solicito sino al ansia con que os la pido. Burlaos de mí, escupidme al rostro, condenad lo que algunos llamarán mi apostasía, pero perdonadme, y vuestras censuras resonarán dulcemente en mi alma.

No tengo derecho a tomar en boca santas máximas que escarnecí; si así no fuera, yo os probaría con ellas que nada tan hermoso como la compasión otorgada al que sufre. Y si, como ahora, recae sobre un ser desventurado que diera gustoso su vida por borrar de su historia unos cuantos años de monomanía antirreligiosa, esa compasión, más que hermosa, es santa, es divina.

Concedédmela, lectores amados, y yo procuraré en agradecimiento llevar á vuestros corazones, pervertidos por mis escritos, las dulces esperanzas que han traído al mío las corrientes misteriosas de la gracia, que hoy me confortan y regeneran.

¡Ojalá los cielos bondadosos permitan que esas corrientes inunden vuestros pechos en días no lejanos, y que lleguéis á gozar de la bienhechora calma que hoy disfruta, sin merecerla, este débil mortal que derramó en ellos el veneno de la duda y la impiedad!

#### A LA PRENSA IMPÍA

No voy á aconsejaros, por carecer de autoridad habiéndolos tantas veces aplaudido, queridos compañeros; mas sí á pintaros el cuadro de alegrías que disfruto, para ver si se despierta en vosotros el deseo de gozarlas.

Paréceme que he renacido, que he vuelto á los primeros días de mi infancia, al sentir nuevamente resonar en mi alma los ecos religiosos que la maldita impiedad había apagado.

Las esperanzas risueñas que en el jardín de mis ilusiones brotaron en los primeros años de mi vida y que agostó el viento de la incredulidad, han reverdecido lozanas, prometiéndome hermosas flores de matices vivos y delicado perfume.

El lugar que en mi corazón ocupaba el odio, desalojado ya, se llena poco á poco

con el amor, y dulces suspiros que ascienden al cielo, semejan las salvas que celebran esta victoria de la fe contra el materialismo.

¡Ay, compañeros! Si la Providencia se hubiera dignado sacarme de este mundo sin hacerme gustar estas alegrías santas, habría cruzado por él sin comprender las sublimes magnificencias de esta palabra: ¡vivir!

Como os aprecio aún, pues no en vano hemos comulgado durante tantos años en iguales ideas, os ruego que procuréis acercaros, aunque sea lentamente, á la elevada cumbre á que he tenido la fortuna de ascender sin esfuerzo alguno y cuando menos lo esperaba.

Venid, sí; y ante la grandiosa perspectiva de felicidad que desde ella se descubre, daréis por bien empleado el tiempo que permanecisteis en la oscuridad, porque así podréis ahora bañar voluptuosamente vuestras almas en los océanos de luz que se anega la mía, ayer tan triste y hoy tan alegre; tan negra antes y tan luminosa ahora.

Os espero, pues, compañeros míos, para añadir á los goces que disfruto el inapreciable de haberos hecho renacer á nueva vida.

¿Vendréis? Una voz secreta me dice que sí.

#### LOS MALOS LIBROS

A ellos debo en primer término la ceguera moral que he padecido.

Aficionado desde niño á la lectura, devoraba sin discernimiento ni consejo cuantos libros en mis manos caían.

No voy á enumerar los que leí: me fijaré solamente en el que más estragos hizo en mi inteligencia: *El Judío Errante*.

Apenas si sabía yo deletrear ¡tenía ocho años!, cuando me lo proporcionó otro chico, ¡maldito él! sacándolo furtivamente de su casa.

Aquellas páginas chorreando odio contra el más firme baluarte del catolicismo, la Compañía de Jesús, perturbaron mi débil inteligencia y comencé á odiarla desde entonces; y sin cuidarme, cuando fui hombre, de depurar la verdad de los hechos infames que el protervo novelista Eugenio Sué les atribuye, hice punto de honor el seguir aborreciendo á los jesuitas.

Hay que reconocer, y sirvame esto de esculpa, que el autor tuvo la perversa habilidad de poner frente á ellos al virtuoso sacerdote Gabriel, para hacer caer á los cándidos de corazón en el lazo de que no atacaba al catolicismo, sino los excesos de sus defensores. Y yo fui uno de los que en el lazo cayeron.

Confieso que pocas creaciones novelescas han sido por mí tan admiradas. Andando el tiempo fructificó la simiente sembrada en mi espíritu y todos los miembros de la Iglesia fueron igualmente odiosos para mí.

La prueba está en que, cuando chapoteaba enfangado por los charcos de la impiedad, hice nueva edición de esa maldita obra, con el criminal propósito de que surtiera en los niños de ahora el terrible efecto que en mí surtió. Y ¡cuántos pequeñuelos habrá por ahí pervertidos por la edición de seis mil ejemplares que hice de ese libro horrible, y aborreciendo á la Iglesia y dispuestos á seguir la senda de perdición que yo he recorrido!

¡Oh, las malas lecturas! El remordimiento mayor que hoy tengo, es el de haber editado ese libro y otros de su ra-

lea; y al pensar en los estragos que estarán produciendo, sepulto avergonzado la frente entre mis manos, y me considero indigno del perdón que á todos demando y á no ser porque estoy decidido á defender la Iglesia con igual constancia y empeño que la ofendí, arrojaría lejos esta pluma pecadora para no volver á cogerla nunca, en expiación del mal que he causado.

Mas ya que esto no me sea posible, me dedicaré en adelante á combatir las malas lecturas con la tenacidad que antes las recomendé, único medio de remediar en parte los efectos de mi propaganda impía.

#### MI PICOTA

Séalo EL MOTÍN, para eterna vergüenza mía.

El horror que me inspira hoy hasta su nombre, dice claramente que mi arrepentimiento es tan grande como lo fué mi culpa.

En los primeros instantes de este cambio operado en mí, pensé matar el periódico donde he vertido la hiel de la difamación sobre la respetable clase sacerdotal, y fundar otro dedicado á encomiar sus virtudes y defenderla de sus constantes y numerosos detractores.

Quería apartarlo de mis ojos como el asesino arroja ó esconde el arma que le sirvió para cometer el crimen, y ya iba á ponerlo por obra, cuando recordé la costumbre antigua y justa de ahorcar al criminal en el mismo punto donde delinquirió, y me dije: «¡No, nunca! ¡Difamé y calumnié á los sacerdotes en EL MOTÍN! Pues viva EL MOTIN para confusión y bochorno míos, y púrguese la pena donde se cometió la culpa».

A esto sólo se debe que EL MOTÍN continúe publicándose después de haber abierto yo los ojos á la luz de la verdad y hallarme dispuesto á borrar con toda clase de sacrificios, hasta de amor propio, los escándalos que un satánico orgullo me hiciera dar.

Como Pablo, Agustín y tantos otros que vinieron al tranquilo y fértil valle del catolicismo desde las abruptas montañas del error, EL MOTÍN conservará en adelante su forma externa, pero estará animado del espíritu de verdad que antes le faltaba; y así como hubiera sido injusto culpar á aquellos santos varones porque al cambiar de pensamiento no cambiaron de figura, también lo sería creer que EL MOTÍN significaba lo mismo que antes, por seguir publicándose con igual título.

Sirva esta noble y espontánea explicación de anticipada respuesta á los cargos que pudieran hacerse, aun cuando siempre los aceptaría como merecida expiación de mis pasados extravíos.

Y después de esta franca y sincera *Retractación* sólo, me resta añadir:

*Hoy, más anticlerical que ayer.*

*Mañana, más anticlerical que hoy.*

JOSÉ NAKENS

**Cosas que he dicho**  
**Más cosas**  
**que he dicho**  
**Trozos de mi vida**  
por José Nakens—2 pts.



# El Motín



Comprobando cuál es el vino más puro para celebrar el santo sacrificio de la misa.



## El legado del señor del Cerro á la Casa del Pueblo

Para que sean aplicadas á fines instructivos, el industrial señor Cerro, recién fallecido, legó en su testamento á la Casa del Pueblo de Madrid, la renta de un millón de pesetas, afianzada con su depósito hecho en el Banco de España y con una finca de la calle de Carranza.

La Prensa toda ha comentado á su placer la noticia, como precedente singular en España. El hecho y su publicidad constituye ya una enseñanza nacional, de singularísima eficacia.

Para los ricos y en especial para los que levantaron sus fortunas con su propio esfuerzo según lo hizo el donante, sirve el acto del señor Cerro de lección elocuente y de bello ejemplo para la recta inversión de los bienes. La honradez integral consiste no solo en ganar con justicia la hacienda, sino en invertirla con igual justicia.

Hijos del pueblo, nacidos en su seno, en el educados y con su colaboración enriquecidos, los que en su vejez recuerden los sufrimientos de su juventud y sientan alguna lástima de sus antiguas privaciones, son invitados por el ejemplo del modesto ciudadano á estudiar y buscar la forma más eficaz y directa de acudir al remedio de aquellos males de la clase obrera.

Para estos casos, hasta aquí había un camino trillado: las fundaciones llamadas religiosas y benéficas, en las cuales, apenas caídas en poder de las órdenes y asociaciones industriales del ramo, la religiosidad pasaba á segundo término, el bien de los interesados beneficiados á término tercero, y en primer término el bien é interés, no siempre sano, de las instituciones administradoras; las cuales, por el hecho de estar fuera de fiscalización, resultan dueñas absolutas de los bienes.

Del Cerro ha quebrantado la rutina. Ahora se averigua que el filántropo no ha procedido á la ligera, ni confió á confesores y directores espirituales (que siempre arriman el ascua á su sardina) el trabajo de estudiar el destino, forma y personalidad administradora, de su fortuna póstuma. Lástima grande que no podamos conocer el proceso que en su interior hizo á la beneficencia rutinaria, para llegar á la conclusión contenida en el testamento.

Bajo este concepto, ese acto es altamente revolucionario. Las sociedades que hasta aquí disfrutaban el monopolio de la confianza de los moribundos, habránse estremecido al leer la noticia. En la Casa del Pueblo ha surgido el más terrible rival. Desde ahora, aquella casa queda capacitada para ser heredera, como también esperamos que acredite su capacidad de administrar.

Bajo otro aspecto, el revolucionarismo del donante, producirá hondos efectos. En la conciencia de la clase obrera decimos, y en la sentimentalidad socialista.

Del Cerro ha demostrado que el capital no es enemigo del trabajo, ni el capitalista se considera extraño al obrero. En adelante el obrero no podrá odiar ni maldecir al capitalista, sin temor de agraviar á un posible protector y bienhechor suyo.

Aquí no cabe buscar atenuantes ni excusas al acto del donante. No entrega sus

bienes, que no puede ya gozar en la tierra, á Dios para cobrar la usura en el cielo. No acude el fraile para que con misas perpetuas y con ayunos, pague á la justicia eterna las deudas de que se hizo insolvente en vida.

En el caso actual, no hay más estímulo ni fin que el bien del obrero.

Honremos y veneremos la memoria del Sr. Cerro, por no haber puesto su donación á réditos de bienaventuranza eterna.

## Cine clerical

### La eterna farsa

I

—Créeme, hijo mío: yo tengo más años y más experiencia que tú. Si quieres casarte con Luisita es necesario que te reportes en ese lenguaje de hombre avanzado, y que disimules esas ideas de poco cristiano que tienes. Mira que Luisa es un buen partido; mira que el día de mañana heredará más de cien mil duros, y sus padres están montados á la antigua y no les gustan los volterrianos.

—Ya sabes que me repugnan esas hipocresías... Tú misma me has dicho mil veces que lo esencial es una conciencia limpia y no hacer daño á nadie.

—Y te lo repito; pero en la sociedad en que vivimos no basta esto sólo... Hay que oír misa en iglesia que vaya mucha gente, y donde te vean; confesarse con los Padres; ser socio de alguna Hermandad; leer buenos periódicos; hablar siempre de la religión y de la monarquía á todo trapo... Si no lo haces así, no pescarás ningún buen partido. Ya puedes contar que sólo una desgraciada que vendrá á tus manos desnuda y descalza será la madre de tus hijos...

—¿De modo que tengo que ser beato?

—Aparentarlo, hijo, que no es lo mismo... Me parece que Luisita ya se lo merece.

—¿Qué farsa! ¿Qué papeles!

II

—Ven acá, y no seas boba.... Procura, cuando hables con Enriquito, no decir esas cosas que has aprendido en esos libretos franceses, y con las de Echagüe. Mira que los jóvenes de hoy día no quieren para mujeres á liberales y descreídas...

—Yo soy una joven honradísima; nadie tiene que decir nada de mí.

—No basta, hija, no basta. Es preciso que te vean bullir por las iglesias; manosear en las Conferencias de San Vicente; pertenecer á alguno de sus Roperos, hoy tan en boga; ser camarera de alguna Virgen; confesarte con los Padres; asistir á las Cuarenta Horas... Si no haces esto, te quedarás toda la vida para vestir imágenes. ¡Y buena es la madre de Enriquito para entrar con una nuera de la cáscara amarga! Es una señora que siempre tiene á Dios en la boca y lo mismo las cosas de la Iglesia... En su alcoba tiene una Virgen de los Dolores así, descomunal... Mañana te pongo en tu dormitorio un Sagrado Corazón de dos metros para que lo vea cuando venga.

—¿De modo que tengo que ser una beata danzante y empalagosa, si quiero casarme?

—Serlo precisamente, no, y mucho menos cargante y empalagosa; pero sí

necesitas hacer alarde de una devoción elegante y distinguida, hablar con mucho respeto de Dios y de los santos, poner en las nubes á los jesuitas, etc., etcétera. Si no haces esto, como no te cases con un perdulario como tu amiga Arana, ya puedes afirmar que te quedas sin marido.

—¿Y el ser joven, rica y... no mal parecida no basta?

—En nuestros tiempos, no.

—¿Qué farsa, Dios mío, qué farsa!

FRAY GERUNDIO

## REMITIDO

Sr. D. José Nakens.

Muy respetable señor: En el último número de EL MOTIN he leído la noticia que transcribe de *La Correspondencia de España* acerca del pretendido milagro que en la persona de una monja paralítica del Hospital de la Asunción de Teruel ha realizado una imagen de la Medalla Milagrosa.

Asombrado de que el médico del Establecimiento haya declarado que el prodigioso hecho se halla fuera de los límites de alcance de la ciencia, voy á permitirle hacerle saber á ese mi colega por conducto de este valiente semanario:

1.º Que existen paraplegias de naturaleza histórica en las extremidades inferiores sin lesión orgánica del sistema nervioso, que son padecidas principalmente por las mujeres y que pueden curarse perfectamente por sugestión sin auxilio de ningún otro recurso terapéutico... ni celestial.

Y 2.º Que esta sugestión está científicamente explicada en el caso de marras y en todos los análogos por la emoción mística profunda que sufriría la fanática monja al implorar su curación de los predepoderes sobrenaturales ante la imagen de la Medalla esa.

No hay, por lo tanto, que salirse fuera de los límites de alcance de la ciencia para explicarse claramente el llamado prodigio, ni habrá especialista de enfermedades del sistema nervioso cuya consulta esté medianamente concurrida, que no haya tenido ocasión de usurpar á los santos el papel de milagrosos realizando curaciones repentinas de parálisis histéricas de larga fecha mediante la sugestión acertadamente practicada.

Gracias, señor director, por haber permitido que este modesto médico rural vuelva por los fueros de la ciencia, preterida por compañeros que á sabiendas ó por punible ignorancia, hacen el juego á los explotadores de la credulidad mística, y mande en justa reciprocidad á su afectísimo s. s. q. l. e. l. m.,

JOSÉ G. ARISTA Y MORENO  
Médico de

Cadalso (Madrid).

Si todos los médicos cumplieran en casos parecidos con su deber profesional, no se atreverían los clericales á explotar la credulidad pública con tales patrañas.

## Banco de España

La *Crónica Social* escrita por el amigo Delfos en el Boletín de la Asociación de empleados correspondiente á Diciembre de 1913 es, además de un himno al Men-



saje que los funcionarios del Banco elevaron al Consejo exponiendo sus *hambres*, una especie de peteneras cantadas con muy mal gusto.

Quiere, aparentando emplear tonos persuasivos, demostrar que el Mensaje es la historia de las penalidades de los empleados, en la cual dejan inéditas las láminas explicativas de sus caídas, etc.; que es un gran acierto pues en él están reflejadas con absoluta exactitud cuantas peticiones con carácter viable han sido hechas á la comisión que le ha redactado. Pero tiene, sin embargo, una pequeña *maca*, dice, y esta *maca* en resumidas cuentas es, que el en referido Mensaje no se hace constar que el Consejo de Gobierno del Banco no percibe los emolumentos que en justicia debiera percibir. ¡Lamentable olvido!

Permitame el simpático Delfos le diga que eso no es una *maca* sencillamente, sino una *maca-deria*. ¡Se pide para los menesterosos, nunca para los poderosos! Y el cronista sigue remachando el clavo sobre que debieran haber aducido ese argumento en su favor, en forma de cepilla-levitas, abundando en su opinión de que toda persona (consejero, administrador etc.), cuyo tiempo emplea por completo al servicio de una entidad, tiene perfecto derecho á que ésta le retribuya suficientemente, decorosamente.

Le diré al amigo Delfos, en forma no tan galana como la que emplea con los señores consejeros del Banco al hablar de la *maca*, lo que opino de su crónica: Que si no está inspirada en determinado interés, con vistas á algún cargo de libre elección, es una verdadera *plasta*. ¿De modo que, según él, los consejeros del Banco emplean el tiempo por completo al servicio de dicha entidad? Pues no sé de ninguno que al aceptar ese cargo haya abandonado sus habituales ocupaciones; el banquero sigue siendo banquero. Lo que se puede decir sin incurrir en error, es, que el consejero va al Banco como quien va al casino, con la ventaja de que esas distracciones le valen dinero, y no irá tan mal en el machito cuando riñen verdaderos combates para lograr la reelección. Y vamos á ver, ¿por qué ha de haber consejeros sempiternos? ¿No hay entre los señores accionistas personas capaces de reemplazar á los que durante tantos años vienen formando el Consejo de Gobierno del Banco? La reelección debe ser prohibida. Está bien que un consejero lo sea durante cinco años y que en ese período se dedique en cuerpo y alma al estudio de los asuntos que estén dentro de sus atribuciones, y ejerza su iniciativa para proponer los acuerdos y resoluciones que estime convenientes á los intereses del Banco, pero cinco años y á casita, dando ocasión con ello á que todos los accionistas que reúnan condiciones, prueben la gracia de Dios, y sobre todo, que se observe la prohibición impuesta por el art. 50 de los Estatutos, de que no pueden pertenecer al Consejo quienes se dediquen á operaciones análogas á las que realiza el Banco; esto supongo que alcanzará á los banqueros, por aquello de que no hay peor cuña que la de la misma madera.

¡Quince duros por sesión devenga cada consejero del Banco de España! Menos mal que no son muy frecuentes, quizá no lleguen á cincuenta por mesada. Algo exagerado me parecía el número, pero me convencieron de que no, porque para cada asunto, por trivial que sea, emplean

una sesión. Por ejemplo: se reúnen para estudiar una cuestión de crédito propuesta por la sucursal de Barcelona, y estando en esa ocupación, se recibe un telegrama proponiendo otra análoga de Bilbao, pues no se cantean hasta terminar la sesión relativa á Barcelona, devengan los quince durazos, y á semejanza de lo que hacen en los confesonarios, abren la otra ventanilla para ocuparse del asunto de Bilbao y nuevo devengo de setenta y cinco plumas; de modo que siendo así, saca lápiz y papel, amigo Delfos, y verás si los pobres consejeros están retribuidos suficientemente, decorosamente.

Yo, mientras los señores accionistas estén conformes con ese aumento en los gastos de administración por el pago de tantas dietas á los señores consejeros, que en mucho reduce las ganancias y por ende sus dividendos, digo aquello del esquilador y el perro: «*esquilelo usted*». Pero si algún día soy accionista con derecho á asistir á las juntas generales, en la primera que acuda diré: «Señores accionistas: hagamos con los consejeros lo que hacemos con los sastres, á quienes pagamos un traje después que hemos visto que está á satisfacción nuestra; no deben pagarse las dietas señaladas á aquellos señores, hasta tanto que las operaciones sometidas á su estudio y aprobación den positivos resultados para el Banco, y en cambio exijase la debida responsabilidad por aquéllas que aprueben sin la seguridad de éxito y den lugar á litigios judiciales. Todavía está la pelota en el tejado por lo que respecta á la cuenta de crédito ó préstamo concertado con la Azucarera de Madrid, de dos millones de pesetas.»

Continuará en el número próximo.

J. BAUTISTA SANCHÍS

20-XII-1915.

## Etimologías curiosas

*Rey* viene del latín *rex*. Los romanos llamaron reyes (*reges*) á los siete primeros jefes de Estado que tuvieron. El séptimo de ellos, Tarquino, tenía un hijo llamado también Tarquino, el cual violó á una noble dama romana. Al saberlo, el pueblo destituyó al rey y proclamó la república, y el ejército, que estaba con el rey en campaña, le abandonó y se unió al pueblo.

Puede decirse que en España no hubo reyes hasta la venida de los bárbaros, y bárbaros fueron los primeros reyes. En la Edad Antigua, España fué una provincia romana; antes perteneció á la república de Cartago; antes hubo colonias griegas y fenicias. A los caudillos de las tribus independientes españolas no se les llama reyes, ni como tales se ha considerado á los caudillos que defendieron Sagunto y Numancia.

Cuando el pueblo de Israel, «el pueblo escogido de Dios», abandonó Egipto, tampoco tenía reyes. Siglos después quiso tenerlos, y el profeta Samuel, para disuadirles, dijo á los israelitas entre otras cosas: «tomará (el rey) lo mejor de vuestros campos, viñas y olivares, y lo dará á sus siervos; diezmará de todo lo vuestro para darlo á sus eunucos y cortesanos. Tomará vuestros siervos, siervas y mozos, y los aplicará á su labor, como también vuestras bestias; diezmará vuestros rebaños, y al cabo todos seréis es-

clavos suyos. Llamaréis entonces al Señor, y no os oirá». (*Antiguo testamento. Libro de los Reyes*).

No dice la Sagrada Biblia si Samuel aludía en esta profecía á todos los reyes, incluyendo al actual kaiser. Lo que sí dice es, que el pueblo, desoyendo estos consejos, eligió por rey á Saul, y que con Saul empezaron en Israel las guerras civiles.—F. R.

## Suscripción para comprar libros de "El Motin"

Pesetas

Recibido en *El País*.

Rafael Ureña . . . . .	25'00
El suscriptor R. A. S . . . . .	3'00
Francisco Fernández (de Murias de Paredes). . . . .	1'00
Juventud Republicana, de Valladolid, 10'00.—Aquilino Galván, 1'00.—Gregorio Cepa, 0'50.—Francisco Cepa, 1'00.—Julio Rodríguez, 1'00 Domingo Peláez, 1'00.—Gregorio Pola, 0'50.—Manuel Esteban, 1'00.—Emilio Dapena, 1'00. (Todos de Valladolid) . . . . .	17'00
Simón Peña Carrera, 2'00. José Castro, 2'00.—Tomás Costa, 2'00.—José Alvarez, 2'00.—Raimundo Lobato 2'00 Manuel Caside, 2'00.—Antonio Rodríguez, 1'00.—Demetrio Lobato, 1'00. (Todos de Vigo) . . . . .	14'00

En *La Región Cantabra* del 28 de Diciembre.

Pedro Fernández. . . . .	1'00
Juan Núñez.—Andrés Toribio. (A 50 cts.) . . . . .	1'00

Del 29 de Diciembre.

Rogelio Olavarri. . . . .	1'00
Juan Agüera . . . . .	0'25
Arturo Herrera. . . . .	0'50
Domingo Pando.—Saturnino San Miguel.—David Las-tra. (A 25 céntimos). . . . .	0'75
Un admirador. . . . .	0'10
Pedro Giganto. . . . .	0'50
Un federal.—José Grandio. (A 25 céntimos). . . . .	0'50
A. P. . . . .	0'30
Otro admirador. . . . .	0'25
D. M.—El obispo. (A 10 céntimos). . . . .	0'20
Dos barberos. . . . .	0'25
El papa.—Uno de Monte. (A 10 céntimos). . . . .	0'20
Un desconocido. . . . .	0'20
Emiliano Grao. . . . .	0'15
Gumersindo Sandoval. . . . .	0'20
I. O. . . . .	0'15
Salpichichi. . . . .	0'10
Barrabás. . . . .	0'25
Pedro Botero . . . . .	0'10
El demonio. . . . .	0'20
E. González.—S. Gregorio. (A 10 céntimos). . . . .	0'20



Atanasio González.---Un desesperado. (A 20 cts.).	0'40
Cristo el pelao. . . . .	0'25
Ricardo Alvarez. . . . .	0'50
José Gómez. . . . .	0'10
Mario Bolado. . . . .	0'20
Uno de San Román.---Un albañil. (A 10 cts.). . . .	0'20
Juan Portal.---Baltasar Martínez. (A 25 céntimos). . .	0'50
Angelete. . . . .	0'10
Otro federal.---El presidente de la Marina.---Rey de los Campos de Cuba. (A 25 céntimos). . . . .	0'75
Eulogio Martín. . . . .	0'10
Lupi. . . . .	0'20
Un particular.---El caballero de la triste figura.---Tertulia del 7.---Emiliano Bravo. Cipriano Bravo. (Todos á 10 céntimos). . . . .	0'50
Emiliano Bravo . . . . .	0'15

Del 30 de Diciembre.

Germán Alvarez San Martín (2. <sup>a</sup> vez) . . . . .	0'30
Florencio Lavín . . . . .	0'25
Félix García. . . . .	0'50
Un pariente de Quintana . .	0'30
Luis Radical (4. <sup>a</sup> vez).-Emilio Ortiz.---Jenaro Palazuelos. (Todos á 25 céntimos)	0'75
Luis de Gaz. . . . .	0'50
Luis Radical (5. <sup>a</sup> vez). . . .	0'25
Angel González . . . . .	0'40
Federico Casado (2. <sup>a</sup> vez).-Luis Radical (6. <sup>a</sup> vez). (A 25 céntimos). . . . .	0'50
Laniña Floriana Sáiz Cayón	2'00

Recibido en esta Administración:

Vicente Giner, 2'00.---Laureano Linares, 2'00.---Julio López, 5'00.---José Grau, 2'00.---Enrique Magraner, 1'00.---Antonio Tur, 2'00.---F. Llasta Llacer, 2'00.---Antonio Talens, 2'00.---Ignacio Tornero, 1'00.---Emilio Pérez, 2'00.---Federico Giner, 1'00.---Vicente Llinares, 1'00.---Francisco Colom, 1'00.---Vicente Alminana, 8'00.---Isabel y Josefina Enguix, 4'00. (Todos de Tabernes de Valldigna) .	36'00
Rafael García Assó (Zaragoza). . . . .	5'00
Manuel Fernández Martín (Cádiz). . . . .	3'35
León Benedicto (Villalengua). . . . .	8'00
Luis Guardiola (Cabañal) .	1'00
El Centro Obrero Republicano (Córdoba). . . . .	25'00
Centro Juventud Republicana, 5'00.---Manuel Hilario Ayuso, 5'00.---Miguel Merino Millán, 5'00.---Juan A. Pérez Córdoba, 0'50.---Victoriano Porras Blanco, 1'00. José Muñoz Cauñago, 1'00. Antonio M. Aguilar Navejes, 1'00.---Eduardo García	

López, 2'00.---Ernesto Reyes García, 1'00.---Luciano López García, 1'00.---Antonio López Pineda, 0'50.---Juan Pérez Morales, 0'50.---José Reyes García, 1'00.---Juan Ramírez Aragoeta, 1'00.---Agustín Santos López, 0'50.---Celes Jurado Adrián, 0'50.---Pablo Gracia Escobar, 0'50.---Manuel Navarro Casado, 0'50.---Florencio Cabello Reyes, 0'50. Cristóbal Ruz Torronteras, 0'25.---Rafael Rodríguez García, 0'50.---Juan Gracia León, 0'50.---Carlos Villatoro Reyes, 1'00. (Todos de Espejo). . . . .	30'25
Varios correligionarios de (Montilla). . . . .	14'00
Un amigo de Romaguera. .	0'25
Ignacio Gutiérrez.---Gabriel Perdiguero.---Manuel Celaya. (A peseta) . . . . .	3'00
Juan Dorado.---Narciso Gutiérrez (A 2 pesetas) . . .	4'00
Daniel López. . . . .	3'00
Jesús Heras. . . . .	5'00
Los Fuertes. . . . .	7'00
Tomás Bueno Fernández, 5'00.---Luciano Alvarez, 2'00. Manuel Niembro de la Concha, 5'00.---José Huerta Díaz, 2'00.---Cándido Hereia, 1'00 Benito Alonso, 0'50.---José Huerta y Huerta, 1'00.---Manuel Herrero, 5'00.---Arturo Fernández, 5'00.---Francisco Gancedo, 1'00.---Agapito Soberado, 1'00.---Rafael Peláez, 1'00.---Francisco Huerta 0'50 Agapito Helgueras, 1'00. (Todos de Carreña) . .	31'00
Un viajante, 2'00.---Victoria-no Gandullo Ramos, 2'00.---Un comerciante, 3'00.---Un librepensador, 1'00.---Vicente Roldán, 2'00.---Tomás Fernández, 1'00.---Félix Martín Romero, 2'00.---Matías Márquez, 1'00.---José López, 1'00 María Navas, 1'00.---Pedro Palomo, 1'00.---Modesto Vázquez, 2'00.---Antonio Moriana, 1'00.---José Márquez, 1'00.---Manuel Fernández Castilla, 1'00.---Pedro Fernández Castilla, 1'00.---Emiliano López, 1'00.---Isidro Romero, 1'00. (Todos de Cortegana). .	25'00
José M. <sup>a</sup> Palenzuela (Gaudix). . . . .	1'00
Isabel Barrios (Gerona). .	6'00
Antiocho Alarcos (Criptana). .	7'00
Tomás Zapata (Torrevieja). .	1'00
Francisco Zaragoza (id). . .	1'00
Miguel Santamaría (Barco de Avila). . . . .	2'00
Juan Francisco Montequí (idem). . . . .	2'00
Francisco Vázquez, (id). . .	2'00
Antonio Palacios (Madrid). .	4'50
Santiago Ibáñez (Bilbao). . .	4'00
Tirso González (Cáceres) . .	2'00

Emilio Pérez Meira (León). .	11'00
Bernardo Gal (Irún). . . . .	6'00
Rafael García Assó (Zaragoza). . . . .	10'00
José Sánchez Candela y varios amigos (Madrid) . .	20'00
El Centro Instructivo Republicano de los distritos Hospital y Congreso (id) . .	25'00
Federico Soto (Villafranca del Bierzo) . . . . .	8'00
Benito Dueñas (Valdecaballeros) . . . . .	2'00
Pedro Carballo Araujo (Valencia de Alcántara). .	30'00
José Ruiz Sánchez (Puerto llano) . . . . .	0'50
Emilio Zamora, 1'00.---Francisco Boj, 0'50.---Ignacio García, 1'00.---S. T., ordenanza de Nakens en el Infierno, 0'50. (Todos de San Martín de Valdeiglesias). .	3'00

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS  
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.---Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.---Pago adelantado.---Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.---Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## Libros en venta TRALLAZOS

Clericalismo en solfa  
Picotazos en la cresta  
Chaparrón de milagros

CALUMNIAS AL CLERO  
MÁS CALUMNIAS AL CLERO  
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO  
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO  
Inventadas

por  
José Nakens

Precio de cada tomo: DOS pesetas.  
A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

## Poesías festivas anticlericales

Cuatro tomos, á peseta cada uno.

TIP. «LA ITALICA», VELARDE, 12, MADRID